

CONSIDERACIONES FINALES

Las relaciones sociales, económicas, culturales y políticas en la sociedad guatemalteca están permeadas, entre otras condiciones, por: a) un orden de géneros patriarcal, b) la dicotomía indígena-ladino y la invisibilización de otras identidades étnico-culturales, c) un sistema de clases profundamente excluyente y d) el uso de la violencia como forma privilegiada para enfrentar los conflictos sociales. Estas condiciones se basan, a la vez, en las desigualdades económicas y un autoritarismo muy arraigado que impregnan la cotidianidad, las formas de vida, los imaginarios sociales, la elaboración de discursos, las prácticas culturales y también las acciones políticas. Asimismo, afectan la distribución de recursos simbólicos y materiales, el acceso a los *lugares* de ejercicio del poder y autoridad e incluso la apropiación y uso de espacios simbólicos, sociales y políticos.

En ese contexto, las mujeres viven discriminación, opresión, marginación y exclusión porque el orden de géneros las relega como seres inferiorizados, carentes de poder, como ciudadanas de segunda clase, y condena –a la mayoría- a experiencias vitales marcadas por la carencia de salud, educación, empleo digno, así como falta de libertad y de autonomía. Estas condiciones generales de desigualdad en detrimento de las mujeres, adquieren matices particulares cuando, además, se suman pertenencias étnicas, edades, ubicaciones geográficas, orígenes diversos que, en muchos casos, multiplican las desventajas de las mujeres.

Muchas mujeres provenientes de distintas clases sociales y pertenencias étnicas han transgredido, a lo largo de la historia, ese destino marcado por la cultura construyendo un importante legado que aún se desconoce pero que va constituyendo –a medida que se rescata- la memoria histórica de las mujeres en la sociedad guatemalteca, memoria que conecta esos primeros desacatos, muchas veces solitarios, con acciones colectivas, cada

vez más contundentes, que desde finales del siglo diecinueve hasta los albores del siglo veintiuno –revolución nacionalista y conflicto armado incluidos- han protagonizado las mujeres que, trascendiendo orígenes y adscripciones, están dando identidad a un movimiento más definido desde finales de los años ochenta.

La dinámica de ese movimiento social de mujeres, su historia y desarrollo en los últimos lustros ha sido trazada, en esta investigación, a partir de aportes teóricos, debates políticos, opiniones de integrantes del movimiento de mujeres y datos cuantitativos. En ese retrato, aún incompleto, se aprecian los cambios de este movimiento que ha pasado de la fase “embrionaria” como la definía Aguilar (1997) a una de mayor definición por las experiencias acumuladas. En ese proceso se han venido manifestando algunas tensiones que se relacionan, entre otros aspectos, con la pertenencia de clase, el vivir realidades urbanas o rurales, los vínculos con otros movimientos sociales y políticos, las experiencias vitales, y la pertenencia étnica.

Estas tensiones han ido marcando diferentes discursos, acciones y formas organizativas, haciendo más plural y diverso un movimiento que surgió asociado con lo urbano, y con mujeres ladinas y mestizas de clases medias e ilustradas. En tal sentido la pertenencia étnica ha sido un factor de diferenciación, tal como se aprecia, por ejemplo, en las formas como, desde hace un poco más de una década, participan mujeres indígenas, mayas, garífunas y xincas en el movimiento, entre las que se distinguen: mujeres indígenas, en minoría, en organizaciones asumidas como feministas; organizaciones cuya membresía está conformada mayoritariamente por mujeres indígenas rurales y algunas ladinas pobres, retornadas, que han vivido experiencias en el exilio, desde donde se vincularon a las corrientes que impulsan los derechos humanos; espacios marginales en organizaciones mixtas (campesinas, mayas); mujeres mayas que reivindican la cosmovisión y cultura maya; y más recientemente el surgimiento de grupos de mujeres garífunas que buscan su visibilización como parte de un grupo específico (ASOMUGAGUA); y de mujeres mayas que asumen, desde esa identidad, el autoconocimiento y la deconstrucción de las opresiones (de clase, género, etnia) en el caso de Kaqla, así como la perspectiva de incidir, desde su identidad diferenciada, en el ámbito político nacional y constituirse en un espacio de convergencia de las mujeres indígenas y mayas (Moloj).

Además de la diversidad de expresiones que imprimen una dinámica particular al movimiento de mujeres, muchas opiniones y datos recogidos señalan debilidades que se expresan en desarticulación, segregación en términos étnicos, brechas marcadas por visiones centralizantes y múltiples agendas no siempre compartidas, hecho que deriva en extrañamientos, distanciamientos y aún rupturas. Asimismo, se critican los efectos desmovilizadores que la “oenegización” Aguilar (2001), vía la dependencia de fondos de la cooperación internacional, ha provocado en un movimiento que en los años noventa, se perfilaba cuestionador y poco complaciente con estructuras políticas caracterizadas por el autoritarismo. Ese desdibujamiento de un sujeto político desde las mujeres conduce a la indefinición, a la inmovilización y al aislamiento del movimiento respecto de otras causas que también buscan transformaciones globales en la sociedad.

Otras situaciones de la coyuntura actual, se agregan a estas dificultades internas que limitan, al igual que a otros movimientos sociales, el accionar del movimiento de mujeres: la acentuación de una crisis económica que ha afectado a miles de mujeres y hombres en el área rural y en asentamientos precarios del área urbana; el aumento en los niveles de inseguridad ciudadana, así como el debilitamiento en la implementación de acuerdos sustantivos contenidos en los Acuerdos de Paz (firmados en 1996) y cuyo cumplimiento es condición necesaria para profundizar cambios estructurales que perfilen una sociedad democrática, incluyente, que brinde oportunidades de desarrollo sin discriminación por género o etnia.

Una idea que ha guiado este proceso investigativo es que los procesos identitarios sustentan –y a la vez son modelados por- las formas como se construyen las relaciones interétnicas/intragenéricas en momentos y espacios sociales determinados y que estas no se dan en el vacío social, tienen una carga histórica e ideológica que marca el tipo y las formas de relacionamiento, así como las percepciones que las personas tienen de los mismos. De manera que un espacio como el movimiento de mujeres no está ajeno a la reproducción de estereotipos y de prácticas jerarquizantes que, en el discurso se critican, pero cuya superación aún no se ha discutido, y menos aún, se han elaborado estrategias al respecto.

Las coordenadas culturales patriarcales que restringen libertades e invisibilizan a las mujeres, en estrecha relación con un sistema económico que se nutre –vía la

explotación- del trabajo no reconocido de las mujeres, y sumadas a un orden étnico racista definido –sobre todo en el último siglo y medio- por la dicotomía indígena-ladino que, además, oculta un continuum de identidades étnico culturales que si se reconocieran harían más fluidas las relaciones sociales, han constituido y sustentado el entramado histórico-social que marca la socialización de las mujeres en Guatemala, imponiendo en las relaciones entre mujeres, formas y contenidos de relacionamiento jerarquizados, nuevamente, por pertenencias de clase, acceso al conocimiento, experiencias urbanas sobrevaloradas y rurales idealizadas.

Mujeres ladinas y mestizas inicialmente, algunas mayas, indígenas y garífunas posteriormente, basándose implícita o explícitamente en el paradigma del feminismo de alcance global, propuesta teórica, filosófica y política, que señala, parafraseando a Marcela Lagarde (2000) “una visión del mundo específica, una visión analítica, ética y política”, han elaborado discursos, concretado acciones y dirigido movilizaciones que apuntan primero, al autoconocimiento, la construcción de semejanzas entre mujeres que permitirán, a la vez, tomar conciencia de las diferencias, y segundo, a la deconstrucción de relaciones de género constreñidas en rígidas identidades asignadas que limitan la autonomía y las oportunidades de desarrollo pleno a mujeres y hombres.

En este proceso, basado en una visión de futuro, las mujeres organizadas de distintas formas van desmontando estructuras patriarcales desde sí mismas, la pareja, la familia al Estado, construyendo nociones de ciudadanía y de ser para sí mismas, condición básica para que las mujeres, asumidas como sujetas de derecho ocupen un lugar –el que les corresponde- en todos los ámbitos sociales y políticos.

Pero aún con ese horizonte compartido, las relaciones políticas entre mujeres se ven afectadas en la cotidianidad por formas de pensamiento y prácticas discriminatorias, elitistas y racistas profundamente arraigadas, que combinadas con posturas victimizantes limitan la construcción de intercambios positivos. Estos pensamientos y prácticas se expresan en actitudes, gestos, desencuentros y rivalidades que, por momentos, entorpecen dinámicas políticas que, de ser asumidas con otro talante, consolidarían procesos y acortarían caminos hacia nuevas formas de convivencia intragenérica e interétnica.

Al visibilizar esas situaciones, al nombrar esas realidades se están dando señales de madurez política, incipiente aún, pero que están siendo resignificadas por las mujeres organizadas e identificadas con el movimiento de mujeres. No se trata de asumir acríticamente las diferencias, ni de obviar las tensiones que toda relación política conlleva. Se trata de nombrar el malestar y aportar para su erradicación.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA Y CITADA

- Acevedo, Claudia *Identidad lésbica*. En: Memorias de las Jornadas Feministas Centroamericanas, San Juan del Sur, Nicaragua, junio, 2001.
- Adams, Richard; Bastos, Santiago *Las relaciones étnicas en Guatemala, 1944-2000*. Guatemala, CIRMA, 2003.
- Adams, Richard; Bastos, Santiago *Las relaciones étnicas en Guatemala, 1944-2000*. Guatemala, CIRMA, 2001. (versión preliminar, inédita).
- Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional. *Identificación y análisis de organizaciones de mujeres y mecanismos estatales de avance para la mujer, con potencial para la incidencia*. Guatemala, 2003.
- Agenda política: mujeres en la diversidad*. Varias organizaciones. Guatemala, 2003.
- Aguilar, Ana Leticia et al *Movimiento de Mujeres en Centroamérica*. Nicaragua, La Corriente. 1997.
- Aguilar, Ana Leticia *El movimiento feminista y el enfoque de género en las instituciones nacionales e internacionales. Balances y desafíos*. En: Guatemala, FLACSO, 2001. pp.69-91.
- Aguilar, Yolanda *Identidades políticas feministas en Guatemala. Etnología de la transgresión*. Guatemala, Universidad de San Carlos/Escuela de Historia, 2003. Tesis Licda. en Antropología.
- Alvarez, Carmen *Imaginando un proyecto feminista*. s.d.e. 2001.
- Alvarez, Sonia *El boom de organizaciones feministas no gubernamentales en América Latina*. En: *Género, feminismo y masculinidad en América Latina*. El Salvador, Fundación Heinrich Ball, 2001.
- Alvarez, Virgilio comp. *El rostro indígena de la pobreza*. Guatemala, FLACSO, 2003.
- Alvarez, Virgilio *Conventos, aulas y trincheras: universidad y movimiento estudiantil en Guatemala: la ilusión por conservar*. Guatemala, FLACSO, 2002.
- Arzobispado de Guatemala. Oficina de Derechos Humanos. *Guatemala: nunca más, el entorno histórico*. Guatemala, ODHAG, 1998.
- Asociación Mujer Vamos Adelante-AMVA *Así han cambiado nuestras vidas. Experiencias de participación sociopolítica de mujeres rurales e indígenas*. Guatemala, AMVA, 2003.